

Fernando Binvignat

Dulces solares

Fragmento



ON pasión paternal de jardinero,
traigo la flor azul de tu lucero
y el madrigal de tu clavel.

Con devoción de obscuro nigromante
traigo la espiga de mi verso errante
y una corona de laurel.

Bebo el licor nupcial de tu fragancia.

Vengo a hartarme con mieles de la infancia,
a soñar en la cruz
de tus calles de venas armoniosas,
a rezar el romance de tus rosas,
a santiguarme con tu luz.

A besar tus mañanas diamantinas,
a cosechar la paz de tus colinas
como olvidado sembrador.

Vengo a tus huertos de verdor laurino
a bendecir la estrella azul del trino
que desangra de amor.

La proa de mi nave aventurera
enarbola la heráldica bandera
de la novelería de tu mar.
Y al codiciar sus aguas palpitantes
mis manos se desbordan de diamantes
y el corazón quiere llorar.

A bendecir tu nombre, dulce abuela,
vengo hasta tu casona sin cancela,
sin puertas que entornar.
Regreso como el hijo silencioso
a sahumar el tirso de su gozo
con el incienso del hogar.

En la plateada cuerda de tu río,
la brisa es un acorde de rocío
y un lejano rondel.
Tu Plaza de Armas, surtidor de aromas,
tus iglesias son claustros de palomas,
tu campana es de miel.

¡Oh, ciudad de mi llanto y mi alegría,
tu historia es una página bravía
y el óleo del santoral!
Con tu alma de zafiro se enamora,
lleno de gracia, el ángel de la aurora,
de labio musical.

El sol indio es custodia en tus altares.
Madre fecunda ampara tus solares:
la luz votiva de creer.

Tu cielo es una joya que acaricia.
En tu quietud devota de novicia
se siente el nardo florecer.

[Oh, mi ciudad de bronce! Dios me ha dado
la diadema de un verso alucinado,
que es como un ruego en la canción.
Con ella entrego, unción de madrigales,
coronado de lauros otoñales,
el cáliz de oro de mi corazón.